

este difícil problema del modo del elemento religioso en la enseñanza pública. Recuérdese que Guyau es autor de la obra titulada *Irreligión del porvenir*. Pues con todo, él es quien dice: «Creemos que el hombre, cualquiera que sea su clase o su raza, *filosofará* siempre acerca del mundo y de la gran sociedad cósmica. Lo hará, ya con profundidad, ya con inocente sencillez, según su instrucción y las tendencias individuales de su espíritu. Siendo así, no podemos admitir que se deba declarar la guerra a las religiones en la enseñanza, porque tienen su utilidad moral en el estado actual del espíritu humano. Constituyen uno de los elementos que impiden la disgregación del edificio social, y no hay que descuidar nada que sea una fuerza de unión, sobre todo dada la tendencia individualista y anárquica de nuestros demócratas. Las escuelas públicas, en Francia, no pueden ser *confesionales*; pero una doctrina filosófica, tal como el amplioteísmo enseñado en nuestras escuelas, no es una confesión ni es un dogma: es la exposición de la opinión filosófica conforme a las tradiciones de la mayoría. *El ateísmo*, por otra parte, no es un dogma, ni una confesión que pueda tener el derecho de excluir toda opinión contraria como un atentado a la libertad de conciencia... El fanatismo antirreligioso ofrece graves peligros.»

He copiado tan larga cita, más que por nada, para que se vea cómo se puede ser completamente independiente en la propia razón, y, sin embargo, reconocer que la separación de la enseñanza religiosa... y las demás, no es, en definitiva, la solución del problema, sino un paliativo cuya justicia

a veces será evidente, pero que pide ser reemplazado por una armónica forma que respete la santa unidad del alma humana y la imagen, también sagrada, que el alma lleva en sí, para vivir sin enloquecer o desesperarse, o hundirse en el marasmo, de la unidad y del orden del mundo. Dejad que el hombre adulto vea después lo que hay de este orden, de esta unidad; pero no planteéis el problema en la enseñanza mientras ésta conserve propósito educativo.

Y concluyo, señores. Dejo sin tratar, sobre todo en este último capítulo, multitud de aspectos de las respectivas cuestiones; sé cuán incompleto es mi trabajo, no ya sólo por mi corto saber, sino por las muchas lagunas que, aun pudiendo llenarlas, he tenido que dejar en mi discurso por motivos extraños al plan del mismo. A lo que me obligan tales deficiencias es a insistir en el examen de tan importantes problemas, buscando para ello ocasiones de más holgura que la presente, y prometiéndome que este ensayo me sirva de prólogo para otros sucesivos.

Y, así como yo me propongo consagrar parte de mis estudios y de mi tiempo a estas materias pedagógicas, os invito a vosotros, mis queridos compañeros, a que sigáis haciendo o comencéis a hacer lo mismo.

Volver los ojos a la juventud, cuidar de su educación, es un consuelo y una esperanza, sobre todo en esta España que tuvo días de gloria y de fuerza universalmente reconocidas, y que hoy, angustiada por la idea de su propia decadencia, se

entrega al marasmo y acaso al pesimismo. No, no desesperemos; los pueblos no deben creerse viejos; no deben contar sus años, aunque deben amar su historia; no está probado que no sea posible una resurrección: mas, para que la triste realidad no haga absurda toda ilusión halagüeña, miremos al porvenir, trabajemos, mediante una educación racional, sistemática, que sea en nosotros un constante sacrificio, una virtud; trabajemos en la dirección de las generaciones nuevas, ya que no sea posible encontrar manera de hacer mejores a los hombres que hoy tienen la responsabilidad de la suerte de la patria. Cuando un incendio devora nuestra hacienda, un campo, una casa, si advertimos que es imposible librar de las llamas cierta parte de nuestros bienes, acudimos, abandonándola, a salvar lo más lejano, aislando el fuego, cortando el paso a la hoguera. Espíritus nobles y fuertes, desesperados por lo que toca al destino de su generación, en vez de entregarse a vanas declamaciones, trabajan por acortar el paso a la corrupción y decadencia presentes, y atienden a la juventud para salvarla del contagio, para crearle nuevas y más sanas condiciones de vida. Imitemos a estos dignos maestros.

Recordando las grandezas de la España que fué, trabajemos por las posibles grandezas de la España del porvenir. Observa un publicista ruso que desde los tiempos de Pedro el Grande y de Catalina, el imperio moscovita se preparó, como en profecía, para dar digno albergue a las grandezas futuras, construyendo soberbios monumentos, proporcionados a los esplendores de la gran

prosperidad que, según su fe patriótica aguardaba a Rusia. Pues nosotros, que no necesitamos soñar, sino recordar, para que surjan grandezas y esplendores de España, construyamos, no Escoriales, alcázares y basílicas, que ya tenemos, sino el edificio espiritual de la futura España regenerada, resucitada, mediante una educación y una enseñanza inspiradas en el ideal más alto, pero llenas de la vida moderna. Tamaño trabajo, arduo sin duda, es para nosotros de pura abnegación; los que a él se consagren no esperen recompensas exteriores, halagos del mundo y de la vanagloria; no esperen tampoco vivir para el tiempo en que den fruto sus esfuerzos de ahora. Tengamos caridad; vivamos y trabajemos para el porvenir que no hemos de ver, y seamos como aquellos ancianos de que nos habla Cicerón en su tratado *De Senectute*:... *Sed iidem in eis elaborant, quæ sciunt nihil ad se omnino pertinere.*

HE DICHO.

(De Un discurso.)

M I R E N A N

(5 DICIEMBRE 1892)

CON este título saldrá a luz, acaso en breve, uno de mis humildes folletos literarios, y los siguientes renglones desordenados no son parte de ese folleto, pero sí apuntes que para él podrán servirme de memorandum.

Mi Renan: como podría decir (y diré pronto) *Mi Castelar* (no porque Castelar vaya a morir-se), *Mi Goethe*, *Mi Zorrilla* (que también pienso decir).

Nadie responda más que de sí mismo. El Renan que yo veo no es el que ve, por ejemplo, monsieur Deschamps, del *Journal des Débats*, que hace del autor de *Emma Kosilis* una especie de Littré aficionado a la música... filosófica.

El que quiera convencerse de la falta que hace decir *mi Renan*, ífjese en lo que está sucediendo con las necrologías del ilustre sabio que esta temporada publican los periódicos. Prescindiendo de los que no tienen más criterio que el que tenía *Larousse*... hace años, o del que tienen *Vapereau* o *Gubernatis*, y refiriéndonos sólo a los

que lo tienen propio o copiado con disimulo, ¡qué de contradicciones! ¡Cuántos Renanes nos han dado esos periódicos de aquende y allende el Pirineo!

Todos están conformes (¿cómo no?) en elogiar las virtudes, el talento, el arte del escritor insigne, pero al juzgar sus ideas, sus tendencias, el alcance de su obra, ¡qué de diferencias! (Digo todos, porque no cuento a los fanáticos.)

Bendigamos la voz del pueblo, a veces de Dios, que se ha impuesto y ha obligado a reconocer y respetar la virtud del austero y alegre discípulo de Marco Aurelio; pero reconozcamos también que particularmente los que se han permitido adelantar juicios propios... no siempre han dejado de desbaratar.

Para quitarnos el mal sabor de tantas conjeturas, de tantos juicios arbitrarios y precipitados y parciales; para poder ver a Renan debajo de esas coronas, no todas de laurel, o de rosas, o de mirtos, que han acumulado sobre su cadáver, vayamos a Renan mismo.

Mi Renan va a inspirarse en eso: en la lectura de Renan, hecha con toda el alma, con el corazón abierto a los efluvios de simpatía que de estas páginas emanan como un perfume.

Por hoy, en estos apuntes, no quiero recordar más que algunos textos que tengo a la vista y otros que no recuerdo al pie de la letra, pero sí con exactitud respecto a su idea.

Vayamos a lo más reciente, a la interpretación más auténtica del pensamiento de Renan: a su último libro *Feuilles détachées*.

Esta obra es continuación y complemento de la ya tan popular y celebrada que se titula *Recuerdos de la infancia y de la juventud*. Esta ya se ha traducido, bien o mal, en español; *Hojas sueltas*, no.

Emma Kosilis se titula el primer artículo de este libro. Se trata de una mujer bretona, heroína de un amor idealista, obstinado, invencible. Y dice Renan, al hablar de la melancolía contemplativa de los de su raza (de que tanto nos dijo ya aquel Chateaubriand que se abismaba, siendo niño, en la contemplación solitaria del amor y de sus ensueños): «Hay pocas *vidas fuertes* en cuya base no se encuentre el *secretum meum mihi* de los grandes solitarios y de los grandes hombres. El amor de la soledad viene generalmente de un pensamiento interior (así dice) que lo devora todo en derredor suyo. Un día citaba yo a mi hermana la frase de Kempis: *In angello cum libello...* y ella la tomó por divisa. Vivir entre sí mismo y Dios es la condición para influir en los hombres y dominarlos... No sabrán jamás los hombres nada de esos ejemplos extraordinarios de fuerza moral con que se regocija *El Eterno*, celoso testigo de las almas, que guarda para sí los más hermosos espectáculos... El temperamento melancólico ¿lo diré? es, en algo, el temperamento de *El Eterno*. La *delectatio morosa* de la Edad Media es, en cierto sentido, la fórmula suprema del universo...»

Un sabio, que no se atreve a dar la cara, le ha dicho al *Figaro* que Renan no creía en Dios. Y Mr. Deschamps, antes citado, afirma que el fondo del pensamiento de Renan era la negación de lo

transcendental y una resignación filosófica ante la evidencia del final desencanto. En fin, quieren hacer de él un positivista más de los que dan por cierto que no hay realidad alguna que responda a las esperanzas de idealidad y justicia divina con que la humanidad, débil de corazón y pensamiento, se consuela.

Según Deschamps, los textos de Renan en que no habla como sabio positivista, sino como idealista de anhelos religiosos, no son más que actos de piedad para consolar y entretener al vulgo, a la masa profana de lectores que no pueden penetrar en las profundidades de la ciencia. Lo serio, lo sincero en Renan, según Deschamps, es un puro estoicismo; y esto, añade, lo saben los que están en ciertas interioridades.

Yo, pese a todas las confidencias, sostengo que no hay razón particular para dar más fe a los textos y a las conversaciones en que Renan se inclina a la negación de *una conciencia central*, como él dice refiriéndose a Dios, que a los textos en que da por real la existencia Divina o que muestran una piadosa esperanza en *el Eterno*. Una psicología algo sutil y exacta en su observación tal vez daría más valor, por lo que toca a interpretar el fondo de la idea de Renan, sobre todo el de su sentimiento, a las expansiones de su espíritu, cuando escribe de lo que le llega a él más al alma, de sus amores, de sus ideales, de sus recuerdos, que cuando habla bajo la potente influencia de la filosofía, predominante en su país, en su tiempo. A pesar de que Renan ha sabido en muchas ocasiones hacerse superior, que así puede decirse, al

intelectualismo absorbente y frío y limitado de la filosofía francesa tradicional, muchas veces también se deja influir demasiado por el ambiente positivista que le rodea; y pese a sus alardes de *dialoguismo*, es decir, de elevarse a ver con igual valor y fuerza los dos o más aspectos de una cuestión filosófica, en multitud de afirmaciones suyas se puede notar que no es tanta como le parece su independencia respecto de las doctrinas parciales y exclusivas que en su tiempo predominan. Así, ha dicho muy bien Mr. Barrès al afirmar que Renan, aparte de lo que en él es puro genio, cosa espontánea, como sabio y pensador pertenece al período que va de la revolución de 1848 a los años de 1875.

Tal vez no se debiera fijar las fechas con tal exactitud, pero es indudable que en la parte de Renan que Mr. Deschamps quiere que represente el fondo de su idea, influyen elementos *experimentalistas* que hoy no representan el último estado de la conciencia filosófica. Lo que a mi ver faltó a Mr. Barrès añadir, es que hay en la obra de Renan otros elementos más suyos, más espontáneos y originales (la fe es lo más original que puede haber, ha dicho Carlyle) que hacen del autor de *Marco Aurelio* uno de los mejores maestros de las modernísimas tendencias del espíritu filosófico europeo en el sentido de un gran renacimiento de idealidad. Bien que el mismo Barrès viene a reconocerlo al afirmar que en la influencia de Renan hay una iniciación religiosa.

Sí que la hay, sí. Por eso podemos ser ardientes partidarios suyos, de su corazón y de su ima-

ginación, sobre todo los que no le seguimos cuando se agarra al empirismo de los positivistas de su tierra y de su época

Por lo demás, el que quiera ver al Renan más *intimo* que cabe, hablando de Dios con unción que sería absurdo suponer fingida, lea las páginas inéditas que días atrás copiaba *Le Figaro* de un folleto que el gran poeta historiador consagró hace tiempo a su hermana, muerta en Palestina, folleto que él no quiso que se vendiera al público.

Al pintar el alma pura de su pobre Enriqueta, y recordar la muerte de aquella esclava de la idealidad dolorosa, del deber sacrosanto, Renan, como un místico, señala la inmortalidad de los espíritus nobles en el *recuerdo de Dios*: «Vivir en la conciencia de Dios, dice, es la mejor inmortalidad que cabe.»

Positivistas de este género no son de los que llevan al mundo al atolladero de una prosa miserable.

«Señor, exclama Renan en cierto prólogo célebre, el que menos cree en ti, desea ardientemente que existas, catorce veces al día...»

En la *Abadesa de Fouarre* se dice: «Dios, más probable que la inmortalidad.» (La inmortalidad en el sentido vulgar, corriente, limitado, casi materialista, antifilosófico.)

Por último, al morir, dijo Renan a su mujer: «Resignación, valor; quedan la tierra... y el cielo.»

Y a su hijo, al dictarle un artículo (deliraba,

pero ¿quién sabe lo que podía haber de luz en el fuego del delirio?), un artículo que se llamaba *Ya veo claro*, le decía estas palabras, las últimas que salieron de sus labios:

«*Que salga el sol del lado del Partenón.*»

Y el *Partenón* no es el ateísmo.

(De Palique.)

EL RETRATO DE RENAN

VARIOS periódicos ilustrados acaban de reproducir el retrato de Renan, presentado en el *Salón* de este año, según creo, por el célebre pintor Bonnat.

Aquella venerable figura, coronada por una especie de aureola blanca, de abundante cabellera cana, ha servido a algún caricaturista para evocar imágenes prosaicas y de un cómico bajo y grosero, de un realismo *rabelesiano*; a mí, la postura de Renan, cómodamente sentado, con las manos apoyadas sobre las rodillas, como el *héroe de bronce* de Víctor Hugo en su episodio «La paternidad», me ha recordado la figura del esfinge egipcio, cuyo singular tocado semeja la forma de caer el cabello, camino de los hombros del anciano; el cual, en la serena postura, firme y reposada, también nos recuerda la del misterioso símbolo tranquilamente apoyado en los remos, como quien se arrellana con toda comodidad para esperar siglos y siglos la solución, que no llega, de un problema.

Sí; Renan es esfinge, pero moderno, sin carácter hierético, sin mitología, sin rigidez, sin frialdad.

dad. Esfinge que en los ojos —no hay más que mirárselos— deja ver toda la profundidad del misterio; pero también el abismo, igualmente infinito, de la idealidad sentimental y *estética*, en el sentido restringido de esta última palabra.

Sí; en la mirada de Renan y en su plácida sonrisa, que está echando a su modo bendiciones, se lee el resumen de la filosofía de este gran pensador poeta.

El misterio es insondable, no por la pequeñez de nuestro cerebro, sino por la grandeza de la realidad; el misterio es infinito, pero no se olvide que en su obscuridad, que proyecta sombra infinita en las profundidades del espacio, le acompañan eternamente, no menos infinitos, la belleza y el amor.

El hombre, que no ha llegado a resolver el *problema* de la realidad, que acaso plantea mal la cuestión, sólo por plantearla, ha llegado también a saber que el mundo, sea lo que sea, y aunque sea una apariencia, es bello; y que su corazón, el humano, sea lo que sea, ama infinitamente la *representación* infinita. Con tales ideas y *experiencias*, no cabe que al escepticismo acompañe el nihilismo ético ni el nihilismo estético. Hay deber, porque hay amor; hay dicha, poesía, porque hay belleza. Todo esto se puede leer en el retrato de Renan, y por ello se explica cómo, sin dejar de ser de esfinge aquella mirada, de esfinge aquella postura, su misterio no espanta, sino que atrae, es amable, familiar, dulce; el rostro de Renan, que todo lo pregunta, recuerda la bondadosa expresión de Pío IX, que todo lo creía.

Renan, que es tan querido y admirado en Francia, no es comprendido. Se le ha tenido por un gran *dilettante* en filosofía, por un Anatolio Franco de genio, y es mucho más que eso; se han visto en él contradicciones que no lo son. No es perfecto, pero es el francés, entre los vivos (1), que más se acerca a la perfección por la armonía de las facultades y por la paz del alma, conquistada, no al abrigo del puerto, sino venciendo entre el fragor de las tempestades. La calma espiritual de Renan, como la de Goethe, no es una fortuna del temperamento, sino el premio de una gran victoria.

A los lectores que estén en el caso de extrañar que se hable así del *coco* de los obscurantistas de nuestra tierra, les aconsejo la lectura de un libro de Renan traducido en español recientemente.

Es claro que me refiero a los lectores que no sepan francés, que por desgracia serán no pocos, aunque parezca mentira.

Renan traducido, adviértase, es medio Renan. Pero no importa; medio Renan vale más todavía que muchos... autores enteros.

El libro a que me refiero se titula *Recuerdos de la infancia y de la juventud*, y aunque publicado en París hace algunos años, hoy vuelve a ser de actualidad, porque pocas semanas hace se ha puesto a la venta la continuación de esta obra, *Hojas sueltas*.

Al recomendar aquí y en otras partes el libro *traducido* de Renan, yo me entiendo.

(1) ¡Vivía cuando se escribió esto! En paz descanse el gran francés.

Entre otras ventajas, ofrece esa lectura la ocasión, que a muchos convendrá aprovechar, de desagrar a un hombre a quien se ha estado ultrajando años y años, pensando de él *de oídas*, que es un malvado, un apóstata criminal.

Leed los *Recuerdos* de Renan y veréis cómo la *honradez* filosófica tiene que proceder en ciertos casos. Estos *Recuerdos* no sólo honran al gran escritor francés, sino también a los maestros católicos.

¡Qué hermosa y evangélica tolerancia, no en las ideas, que no cabe, sino en el trato, en el afecto!

En el libro de Renan pueden aprender mucho los fanáticos que leen *El Siglo Futuro*; pero más pueden aprender acaso los fanáticos que leen *Las Dominicales* y *El Motín*.

Renan declara noblemente que lo mejor de su educación científica, lo más sólido de la base de sus conocimientos, lo debe a los sabios maestros de San Sulpicio; que su gran fortuna fué la firmeza y seriedad de sus estudios católicos.

Y con todo... Renan es Renan.

¡Y nuestros pobres pseudoliberales que piensan que para *pensar libremente* hay que perseguir al clero y desconocer la ciencia de la Iglesia y todas sus glorias!

Yo he tenido el *valor* (así lo han llamado ilustres críticos) de leer y publicar un discurso en que me oponía abiertamente al *laicismo*, según por los más se entiende y practica... y muchos publicistas me han llamado reaccionario.

De San Sulpicio puede salir un Renan.

Y de la escuela laica y antihumanista... sólo puede salir Mr. Homais, el boticario librepensador de Flaubert... el cual, dice Renan, *tenía razón*.

Tal vez, en parte. Pero sin saberlo.

Y el que tiene razón sin saberlo, no la tiene.

En ninguna parte como en España importa que sepan mucho y conozcan la teología, la antigüedad clásica, las lenguas orientales, la filosofía tradicional y la moderna los que hayan de combatir lo que se llama con estúpido desprecio las *antiguallas*.

No basta llamar *neos*, más o menos líricamente, a los que se agarran a la tradición, al fin sagrada por muchos conceptos.

En la patria de Melchor Cano, de San Ignacio y de Santa Teresa, se necesita *mucho lastre* para decir cosas nuevas, cosas contrarias a las consagradas por la pátina del tiempo y por los resplandores del genio.

Y lo primero que hace falta para decir *lo nuevo*, es conocer bien lo viejo, penetrar su valor, saber sentirlo, y hasta amarlo, en lo que tiene de amable.

Que es lo que sabe hacer Renan, el discípulo de los sabios y los santos y los mártires de San Sulpicio.

(De *Palique*.)

CONGRESO DE LIBREPENSADORES

ENTRE los varios, muchos, tal vez demasiados congresos que van a celebrarse en Madrid, habrá uno, o yo he leído mal, de librepensadores.

Si he de decir la verdad, un congreso de librepensadores, en los tiempos que corremos, me parece a mí una cosa así como un congreso de hombres que no son rubios, o de hombres que no fuman, o de hombres que no han estado en París... o cualquier otra puramente negativa y sin determinado objeto particular.

El hombre es naturalmente librepensador; luego, sucede que la mayor parte de las veces no piensa, a lo menos por cuenta propia, ni con libertad ni sin ella. Dos caminos hay que conducen a abdicar esa libertad: o un dogma impuesto y admitido voluntariamente, o una preocupación que, sin saberlo, nos domina. En el primer caso, podemos ser fanáticos creyentes; en el segundo, somos, de fijo, fanáticos descreídos. El creyente ortodoxo no piensa con libertad, pero lo sabe; el fanático que niega, porque sí, que no piensa por sí mismo, sino que repite, sin propia conciencia,

las negaciones que encuentra formuladas, no es un librepensador, sino un pensador libre; tiene libertad, pero no la emplea en pensar, sino en someterse a ideas hechas.

No es librepensador el que quiere, sino el que puede: el que en lucha con las infinitas preocupaciones que nos rodean consigue emanciparse de tantas fórmulas como nos asedian para sustituir con prendería intelectual el propio raciocinio; el que vence todas esas imposiciones de ideas ajenas no asimiladas, ese puede decir que es un verdadero librepensador y un héroe de la filosofía.

De modo que mirándolo por este lado, inscribirse en un congreso de librepensadores es darse tono, es como presentarse espontáneamente en una asamblea de chicos guapos.

Es fácil observar que en nuestro tiempo estas graves cuestiones religiosas y confesionales más bien que se resuelven se disuelven.

Al trabajo, a veces penoso, pero siempre necesario, de depuración intelectual, en que los pueblos van paulatinamente despojándose de fórmulas que ya no expresan la real vida de su espíritu en aquel momento; a ese trabajo, que es de todos y no está particularmente encomendado a nadie, no hay que llevar artificiales coacciones, ni menos formalismos plásticos alarmantes, que en cierto modo imitan lo que se pretende desechar.

Para negarle a Mahoma que él sea el profeta de Dios, no hace falta decirle «el profeta soy yo».

Para combatir a un obispo, no hay que vestirse de morado, ni encasquetarse una mitra.

Si los católicos celebran congreso, eso no es

razón para que celebren otro los librepensadores.

El Catolicismo es algo determinado, concreto.

El libre pensamiento, no.

Yo, que soy librepensador, cuando puedo, y no aseguro haber podido jamás; pero en fin, yo que quisiera ser librepensador, no tengo nada que ver con el general Riva Palacio, v. gr., presidente, según tengo entendido, del congreso de librepensadores.

El libre pensamiento, como un hecho social y psicológico, es la esencia de la civilización moderna. El libre pensamiento, como uniforme, es una casaca buena para representar comedias o zarzuelas; no para andar por esas calles.

El libre pensamiento como banderín de enganche, es una antigualla.

Esos señores librepensadores que se van a reunir comprenderán que no son ellos solos los que piensan sin obedecer a un dogma impuesto, y que si fueran a ese congreso los más y los mejores de la clase... ni se cabría en un local cerrado... ni sería el presidente el general Riva Palacio, excelente caballero que no es ningún Platón... ni ningún Lutero.

Si el congreso de librepensadores tiene un carácter de hostilidad a la Iglesia católica, determinado y cerrado, entonces ya es otra cosa; entonces ya se trata de una secta como otra cualquiera, de una bandería, de una cosa real y de fines positivos.

Pero en tal caso... creo que no es oportuno para tal propósito aprovechar el Centenario de Colón,

que era un católico ferviente, un iluminado que quería el Nuevo Mundo para rescatar el sepulcro de Cristo.

Advierto a los librepensadores de cierta estofa, que si después de leer todo lo anterior me tienen por reaccionario, se lo agradeceré mucho.

(De Palique.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIÁLOGO EDIFICANTE

PERSONAJES

LA CAPILLA EVANGÉLICA.—LA CATEDRAL DE COVADONGA.
CORO DE CATEDRALES.

LA CAPILLA

(Cerrada.) ¿Por qué no me abren? Por fanatismo.

LA CATEDRAL

(Asomando algunas columnas a flor de tierra.) ¿Por qué no me sacan de cimientos? ¿por qué no me construyen de una vez? ¿por qué no me cubren, a lo menos, para librarme de la intemperie? Por avaricia, por indiferentismo.

LA CAPILLA

Como el pino del norte suspiraba por la palmera del mediodía, podemos amarnos y entendernos ¡oh catedral católica! tú desde tu vericuetto de Covadonga, yo desde este desierto madrileño...

LA CATEDRAL

No diré yo tanto. Nada de coaliciones imposibles. Quéjate tú por tu cuenta, y yo me lamentaré por la mía. No somos hermanas. *Non possumus*. Somos un contraste.

LA CAPILLA

Como quieras. Pero de nuestra antítesis sale una armonía elocuente. A mí no me dejan *abrirme* y ya estoy construída. A ti te abrirían sin inconveniente, pero no te construyen. Si no fuera absurdo, se podría decir que quien sale perdiendo es Dios que tiene dos templos menos.

LA CATEDRAL

En otros siglos, valga la verdad, no te dejarían abrirte tampoco, y hasta se atreverían a derribarte; pero, en cambio, a mí me construirían en poco tiempo, con entusiasmo, a la voz de la fe viva y ardiente.

LA CAPILLA

Hoy existe bastante fanatismo para inutilizarme a mí, y poca fe para levantar tus paredes, tus torres. De la religión se han quedado con lo peor, con la intransigencia.

LA CATEDRAL

Sí; no cabe negar que falta fe y hay fanatismo. Pero todavía hay fanáticos peores que los nuestros. Los fanáticos descreídos. El fanático con dogma tiene esa disculpa; el dogma; pero ¿qué le queda al impío que ni siquiera es tolerante?

LA CAPILLA

¿Hay de esos en tu patria?

LA CATEDRAL

Muchos. Son inquisidores herejes; familiares de la apostasía, o lo que es peor que todo, sectarios intransigentes de la negación, *celotas* de la impiedad superficial, sicarios del ateísmo. ¡Hay español nieto de cien cristianos, que ha dado su religión por cuatro frases hechas... con cuatrocientos galicismos!

LA CAPILLA

Tal vez constituyen la mayoría entre unos y otros. Los fanáticos a la antigua no tienen más culto que su culto; como si su Dios fuera el sol, no el Espíritu Eterno, toleran en la sombra otros ritos, otras ceremonias religiosas, pero no a la luz del día. ¡Adoran a Febo y temen que se profane su culto!

LA CATEDRAL

Los fanáticos *modernos* no conciben que se construya una catedral en Covadonga a expensas de toda la nación, como obra patriótica, como grandioso monumento que conmemora la primer hazaña de la reconquista, el primer milagro del valor español en su lucha de tantos siglos contra los sectarios de Mahoma. —¿Por qué una catedral? gritan. ¿Y la libertad de cultos? ¿Y el racionalismo? Los que no oímos misa, ¿por qué hemos de construir una catedral?

¡Porque lo quiere la historia! Porque no habéis de construir en Covadonga una mezquita, ni una pagoda, ni un frío monumento anodino, *abstracto*, como el del Dos de Mayo, lo cual equivaldría a olvidar la mitad, por lo menos, de lo que Covadonga representa. ¿Que no queréis hacer de Covadonga un Lourdes? Perfectamente; pero si no queréis que otros, aunque sea poco a poco, hagan eso, apresuraos a hacer otra cosa, una obra nacional, un gran recuerdo histórico; y como la historia es como es y no como el capricho de cada cual, Covadonga, quiéralo o no el racionalista *negativo*, tiene que representar dos grandes cosas: un gran patriotismo, el español, y una gran fe, la fe católica de los españoles, que por su fe y su patria lucharon en Covadonga. Una catedral es el mejor monumento en estos riscos, altares de la patria.

LA CAPILLA

Hablas como un libro. Y esos fanáticos *nuevos* son tan irracionales como los viejos que me niegan el derecho a la vida porque, llamándome yo cristiana, y sin que nadie me niegue tal nombre, ostento en mi fachada una cruz y un letrero que dice: «Cristo, redentor eterno.» ¿Qué hay de malo en esto?

LA CATEDRAL

Creerán que lo dices con segunda.

LA CAPILLA

El signo de la cruz ¿no es siempre santo? ¿O es que quieren parecerse esos fanáticos ortodoxos al impío Strauss, que en sus *Confesiones* llega a declarar que la *cruz* le repugna?

LA CATEDRAL

Con la Constitución del Estado en la mano te demuestran que no tienes derecho a la cruz de la fachada.

LA CAPILLA

Así argumentaban los saduceos cuando querían probar a Roma que Jesús barrenaba la Constitución judaica...

LA CATEDRAL

En cambio, si los fanáticos *nuevos* triunfan, ya harán otra Constitución para declarar que en España tanto como yo representa cualquier zaquizamí en que a un extravagante soñador se le antoje exhibir un culto de su invención... y acaso de su industria. Unas Constituciones niegan la historia y otras niegan la filosofía... Pero al fin a ti sólo te perjudican tus contrarios, los que ven en ti el símbolo de la abominación. Pero a mí me dejan abandonada todos, los que debieran ser mis amigos por patriotas y los que debieran serlo por patriotas y por creyentes de mi Iglesia. Hace muchos años, un santo obispo, varón elocuente y virtuoso, lleno de humildad y de fe, vino de Levante, de país muy diferente de estas mis brumosas montañas, y él, hijo del sol, de la clara y diáfana atmósfera mediterránea, se enamoró de estos lugares húmedos y oscuros por el encanto singular de estas montañas, sagradas para el cristiano y para el patriota. La idea del santo obispo fué construir aquí una catedral sobre este vericuetto dantesco, y en los primeros trabajos necesarios empleó su patrimonio. La fe y el patriotismo de los demás debían ayudarle, convertir en realidad su noble idea... pero España no comprendió la grandeza del propósito. Se convirtió en cuestión de interés provincial puramente lo que debiera ser empresa nacional; porque Covadonga no es sólo de Asturias, es de España.

LA CAPILLA

Y esta aristocracia ilustre, cuyas principales damas tan ruda guerra me han declarado a mí, ¿no ha dado su dinero, no ha facilitado su influencia para levantar tus muros y hacer de tus naves un santuario digno de la gran idea religiosa y española que representas?

LA CATEDRAL

Esas damas ilustres, cuyos títulos reunidos parecen un índice de la historia de España, no se han acordado de mí... ni del origen de su grandeza. Cuanto más ilustres esos grandes apellidos y esos grandes títulos, más se acercan a mí. No hay nobleza castellana más pura, más grande que la que tenga su origen cerca de estas fuentes, de estas aguas que se despeñan por ese torrente abajo...

LA CAPILLA

Conque todas esas señoras que han ido a suplicar a Sagasta que no se me abra...

LA CATEDRAL

Ignoran todas que un modesto sacerdote anda por Asturias de puerta en puerta mendigando una limosna para ir construyéndome poco a poco y con el menor gasto posible, sin la magnificencia arquitectónica que merezco... Debiera ser yo la obra espontánea, simultánea y unánime de todas

las fortunas de España, y no soy más que una humilde prueba de la caridad y del *provincialismo* de unos pocos asturianos... ¿Qué más? Se acaba de celebrar el Centenario de Cristóbal Colón y su descubrimiento, y todos han pensado en Granada, nadie se acordó de Covadonga. Yo no discuto si esas ilustres señoras y esos insignes obispos que piden al Estado que no consienta tu apertura hacen bien o hacen mal. Lo que digo es que mucho más urgente que impedir a los demás abrir sus templos, es construir los propios.

CORO DE CATEDRALES

¿Qué importa una capilla protestante en esta tierra en que somos nosotras legión? ¡Somos un bosque de torres cristianas! ¡Pero muchas amenazamos ruina! ¡Que se salve la Giralda! ¡Que resplandezca la linterna mágica de León, aquella inspiración sublime de piedral! ¡Levantad en Covadonga, no una pobre basílica amanerada y raquítica, por su miseria, sino un reflejo glorioso de nuestra grandeza! ¡La fe de León, de Burgos, de Sevilla, de Granada, se salvó en Covadonga!

LA CAPILLA EVANGÉLICA

¡Oh, coro sublime! ¡Oh, sublime religión de Jesús!... ¡Tú sola pudiste inspirar estos ideales himnos de piedral... (Bajando la voz porque a Segura llevan preso.) ¡*Christus redemptor æternus!*

(De *Palique.*)

CARTAS A HAMLET

REVISTA DE IDEAS

I

TODAVÍA nos preguntamos, *Señor*, después de tantos siglos, las mismas cosas que te hacían pensar despierto y parecer distraído a los ojos de... los ciegos y palaciegos que te rodeaban, haciéndote más intensa la soledad de pensamiento en que vivías. ¿Por qué *hablan solos* pensadores y filósofos? Por eso: porque no hay con quien tratar. Por eso *hablabas solo* tú; por eso tu mejor filosofía está en un monólogo. Sin contar con que los diálogos suelen ser monólogos también cuando habla un hombre con un loro humano. Sin ofender a los interlocutores de Sócrates sea dicho, en los diálogos socráticos de Platón, muchas veces, a pesar de tanto personaje y tanta conversación, a quien se escucha es sólo a Sócrates...

Como decía, todavía filosofamos. Poco y pocos. Leibnitz, un gran gastrónomo de ese café del espíritu que se llama la especulación pura, la libre

metafísica, nos aconseja que no dediquemos cada día a la reflexión filosófica sino muy poco tiempo. Hoy siguen el consejo, demasiado fielmente acaso, aun aquellos que son más asiduos en esa labor de hacer telarañas de ideas, que el vulgo no se explica: porque esas telarañas no sirven para cazar moscas. Hoy hemos abusado un poco de la teoría moral que quiere que el pensador, el sabio, el filósofo, el poeta, sean *hombres como los demás* y se *distraigan*, se diviertan, pierdan el tiempo —y con él, a veces, el alma, para ser *humanos*, para aprender también en el gran libro de la vida. De tanto leer en el gran libro de la vida se resiente no poco la ciencia filosófica contemporánea. El pensador que frecuenta el café desea poder llevar al café una filosofía que puedan comprender los demás parroquianos. De aquí la necesidad de una filosofía *fácil* que se entienda pronto. Peligro inmenso, porque con el solo hecho de necesitar ir al café quedan fuera de concurso muchas filosofías.

Como hasta los pensadores tienen tantas cosas que hacer se piensa poco. No hay tiempo. Si Kant no hubiera dispuesto de mucho más tiempo que nosotros, no hubiera tenido tiempo para probar, o poco menos, que el tiempo no existía fuera de nosotros. Hoy nadie duda del tiempo, porque no lo hay, para demostrar que no lo hay.

Se piensa poco. Y piensan pocos. Aunque hay muchos librepensadores que defienden con tesón su derecho de pensar, no lo hacen por el huevo, sino por el fuero; es decir, no lo hacen para aprovechar su derecho, sino para que conste que le

tienen. Se defiende la libertad de pensar... y de no pensar. Para los más es puro acto de abnegación, *altruismo*, esa defensa; son capaces de dar su sangre porque piensen libremente... los que tengan esa manía. Podría hacerse una estadística que sería enternecedora; ésta: la de los buenos liberales que han muerto o padecido por la libertad de pensar en España, comparados con los contadísimos españoles para quienes ha servido prácticamente el derecho ganado con tan hermosa conquista.

Pero una cosa es pensar y otra afirmar, negar o tener sus dudas. La democracia para muchos consiste en el milagro de tener una opinión acerca de las cosas sin haber pensado en ellas. ¿Qué diríamos de un niño holgazán que en vez de estudiar la lección se entretuviese en cazar las moscas, que no caza la araña filósofa, y que al día siguiente, al preguntarle el maestro, contestara: «No sé la lección... *dudo* de ella»?

Pues esto hacen y dicen muchos de nuestros contemporáneos: «Los tiempos son de duda —se oye por todas partes—; la *duda* es una enfermedad del siglo, y hasta se toma a gracia la duda, y el que duda se cree en *estado* interesante, y casi romántico y poético, como la Dama de las Camelias. Los poetas cantan sus dudas, que en muchos de ellos es como cantar su ignorancia y su holgazanería.

«Nos mata el análisis»; esta es la síntesis a que llegan de golpe muchos que en su vida han analizado nada.

Si oyéramos a ciertos fisiólogos y *médicos imagi-*